

conjurarme, dijo Don Quijote, y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad.—Eso pido, replicó Sancho; y lo que quiero saber es, que me diga, sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos que profesan las armas, como vuestra merced las profesa, debajo de título de caballeros andantes.—Digo, que no mentiré en cosa alguna, respondió Don Quijote; acaba ya de preguntar, que en verdad, que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho.—Digo, que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo; y así, porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento: ¿si acaso, después que vuestra merced va enjaulado, y, á su parecer, encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores ó menores, como suele decirse?—No entiendo eso de hacer aguas, Sancho; aclárate mas, si quieres que te responda derechamente.—¿Es posible que no entienda vuestra merced de hacer aguas menores ó mayores? pues en la escuela destetan á los muchachos con ello. Pues sepa, que quiero decir: ¿si le ha venido gana de hacer lo que no se excusa?—Ya, ya te entiendo, Sancho; y muchas veces, y aun ahora, la tengo; sácame deste peligro, que no anda todo limpio.—

CAPÍTULO XLIX.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor Don Quijote.

¡AH! dijo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber, como al alma y como á la vida. Venga acá, señor: ¿podría negar lo que comunmente suele decirse por ahí, cuando una persona está de mala voluntad:—no sé qué tiene Fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado?—de donde se viene á sacar, que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan.—Verdad dices, Sancho, respondió Don Quijote; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamientos, y podría ser que, con el tiempo, se hubiesen mudado de unos en otros, y que ahora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacian; de manera que, contra el uso de los tiempos, no hay qué argüir ni de qué hacer consecuencias: yo sé, y tengo para mí, que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaría muy grande si yo pensase que no estaba encantado, y me dejase estar en esta jaula, perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podría dar á muchos menesterosos y necesitados que, de mi ayuda y amparo, deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad.—Pues, con todo eso, replicó Sancho, digo que, para mayor abundancia y satisfacción, sería bien que vuestra merced probase á salir desta cárcel, que yo me obligo con todo

mi poder á facilitarlo, y aun sacarle della, y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que tambien parece que va encantado, segun va de malencólico y triste; y, hecho esto, probásemos otra vez la suerte de buscar mas aventuras; y, si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos á la jaula: en lo cual prometo, á la ley de buen y leal escudero, de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tan desdichado, ó yo tan simple, que no acierte á salir con lo que digo.—Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano, replicó Don Quijote; y, cuando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú, Sancho, verás cómo te engañas en el conocimiento de mi desgracia.” En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el malandante escudero, hasta que llegaron donde, ya apeados, los aguardaban el cura, el canónigo y el barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero, y dejólos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba á quererla gozar, no á las personas tan encantadas como Don Quijote, sino á los tan advertidos y discretos como su escudero; el cual rogó al cura, que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula, porque, si no le dejaban salir, no iria tan limpia aquella prision como requería la decencia de un tal caballero como su amo. Entendióle el cura, y dijo que de muy buena gana haría lo que le pedia, si no temiera que, en viéndose su señor en libertad, había de hacer de las suyas, y irse donde jamás gentes le viesen. “Yo le fio de la fuga, respondió Sancho.—Y yo y todo, dijo el canónigo, y mas si él me da la palabra, como caballero, de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad.—Sí doy, respondió Don Quijote, que todo lo estaba escuchando; cuanto mas que, el que está encantado como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere; porque, el que le encantó, le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos; y, si hubiere huido, le hará volver en volandas; y que, pues esto era así, bien podían soltarle, y mas siendo tan en provecho de todos; y, del no soltarle, les protestaba que no podía dejar de fatigarles el olfato si de allí no se desviaban.” Tomóle la mano el canónigo, aunque las tenía atadas, y, debajo de su buena fe y palabra, le desenjaularon, de que él se alegró infinito y en grande manera de verse fuera de la jaula; y, lo primero que hizo, fué estirarse todo el cuerpo, y luego se fué donde estaba Rocinante, y, dándole dos palmadas en las ancas, dijo: “Aun espero en Dios y en su Bendita Madre, ¡flor y espejo de los caballos! que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos: tú, con tu señor á cuestas, y yo encima de tí, ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo;” y, diciendo esto, Don Quijote se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliviado, y con mas deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase. Mirábalo el canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que, en cuanto hablaba y respondía, mostraba tener bonísimo entendimiento; solamente venía á perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole

de caballerías; y así, movido de compasion, despues de haberse sentado todos en la verde yerba, para esperar el repuesto del canónigo, le dijo: “¿Es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa letura de los libros de caballerías, que le hayan vuelto el juicio de modo, que venga á creer que va encantado, con otras cosas de este jaez, tan lejos de ser verdaderas, como lo está la misma mentira de la verdad? Y ¿cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé á entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises, y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Félixmarie de Hircania, tanto palafren, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamientos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mujeres valientes, y, finalmente, tantas y tan disparatadas cosas como los libros de caballerías contienen? De mí sé decir, que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algun contento; pero, cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y aun diera con él en el fuego, si cerca ó presente le tuviera, bien como á merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros, y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como á inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como á quien da ocasion que el vulgo ignorante venga á creer y tener por verdaderas tantas necedades como contienen; y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traído á términos que sea forzoso encerrarle en una jaula, y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae ó lleva algun leon ó algun tigre de lugar en lugar, para ganar con él, dejando que le vean. ¡Ea, señor Don Quijote! duélase de sí mismo, y redúzgase al gremio de la discrecion, y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra letura que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra; y si todavía, llevado de su natural inclinacion, quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la SACRA ESCRITURA el *De los Jueces*, que allí hallará verdades grandiosas, y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania; un César, Roma; un Anibal, Cartago; un Alejandro, Grecia; un conde Fernan Gonzalez, Castilla; un Cid, Valencia; un Gonzalo Fernandez, Andalucía; un Diego Garcia de Paredes, Extremadura; un Garci Perez de Vargas, Jerez; un Garcilaso, Toledo; un Don Manuel de Leon, Sevilla: cuya lecion de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar á los mas altos ingenios que los leyeren. Esta sí será letura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor Don Quijote mio, de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la